



C O L U M N A

Pandemia de soledades

Pandemic of loneliness

Pandemia da solidão

<https://doi.org/10.46856/grp.22.e055>

Date received: November 20/ 2020
Date acceptance: December 8 / 2020
Date published: December 21/ 2020

Cite as: Palacios A. Pandemia de soledades [Internet]. Global Rheumatology. Vol 1 / Jun - Dic [2020]. Available from: <https://doi.org/10.46856/grp.22.e055>



COLUMNA

Pandemia de soledades

Alberto Palacios

Jefe del Departamento de Inmunología y Reumatología del Hospital de los Angeles Pedregal en CDMX, dr.apboix@icloud.com.

"In War: Resolution, In Defeat: Defiance, In Victory: Magnanimity, In Peace: Good Will. Winston S. Churchill, The Second World War. "

Stefano sabe que no es único, pero eso es consuelo de tontos. Camina sin reparar en otros transeúntes, ensimismado en sus reflexiones y arrastrando los pies, como enlodado. No ha podido deshacerse de una relación tanto intensa como tóxica que le ha impedido progresar. Se reprocha haber sido tan torpe, tan tibio, a sabiendas de que ella estaba casada y nunca dejaría a su familia.

Entra al bar de costumbre y se topa con la mirada de dos vecinos que no lo reconocen, pero que él ha visto jugar bolos en el parque cercano. El local huele a tabaco usado y a humedad latente; quizá no sea lo más higiénico para comer unas tapas. Se acerca a la barra y saluda de mala gana a Miguel, el fontanero, que lo observa desde una esquina bebiendo una caña.

- Tanta melancolía – se dice. – ¿De dónde sacar fuerza para emprender la vida?

Medita sin proponérselo en la piel de las serpientes, como si eso fuese posible en el cuerpo humano para desembarazarse de falsas promesas y amores errantes.

Una pareja desconocida entra riendo y atrae las miradas lacónicas de la concurrencia. Ella es rubia, muy joven y se deja abrazar por el hombre que la acompaña con sobrada sensualidad. Se aposentan en un rincón y se besan como si estuviesen solos, desafiando la envidia de la concurrencia.

Stefano deja escapar unas lágrimas sobre el café que se enfría sin probarlo. Recuerda por momentos los besos furtivos, la clandestinidad, la pasión que edificaron a contramano, ocultos a las miradas de sus compañeros de trabajo. Un juego, que terminó por quemarlos desde dentro.

- Estará ahora recuperando a su familia, desechando el affaire, cómo se desprenden las hojas inservibles en otoño – rumiando, y se seca las lágrimas con el dorso de la mano.

- ¿Te sirvo otro, chaval? – pregunta el cantinero, reclinándose para acercarle un anís. – Prueba – le dice – esto mitiga los desamores.

El joven levanta la vista vidriosa y agradece con una mueca, antes de bajar el licor de un trago.

- Despacio, hombre – le espeta el viejo. – No hay mal que por bien no venga.

Esa noche Stefano deambula por las calles del barrio tratando de olvidar, haciendo un esfuerzo vano por borrarla de su mente. Las prostitutas lo llaman y él sonríe tontamente pero pasa de largo con el corazón maltrecho y sin destino. Así, a oscuras de mente y rumbo, se advierte frente a la casa de su amante. Está pertrechada mediante un zaguán de hierro, flanqueada por dos faroles rústicos y por muros infranqueables donde asoman apenas unas enredaderas. En una ventana en alto puede distinguir su silueta y la del esposo charlando animadamente, como si nada pasara entre ellos. Stefano fue solo un vendaval que no hizo mella, un verano olvidado; habrá que aprender a vivir con ese anonimato. Un perro ladra con fuerza en la casa contigua y él retrocede de un susto; la penumbra se cierra en sus remembranzas.

Con esa frustración a cuestas emprende el camino a su departamento. Cierta luz tibia se filtra desde la calle cuando gira la llave y abre lentamente hasta sentir el olor de pulcritud que daba por sentado. Bajo ese destello, su biblioteca es un bálsamo a la vista porque describe su pasado remoto sin cuestionarlo. En el escritorio yace la última carta inconclusa que no dirigirá a aquel amor arrebatado, pero que luce indiferente y en alguna medida la retiene. Ahora le ha dado por leer ciencia ficción y se sumergirá en el último libro de la trilogía de Asimov, que ha permitido que hiberne tres décadas en su buró.

Entre las páginas del viejo texto encuentra una nota garabateada durante su juventud, cuando solía refugiarse en la poesía para expresar o reprimir sus sentimientos. Es un soneto de Miguel Hernández que copió a la letra y esta noche aparece evocador sobre un papel amarillento.

“Fuera menos penado si no fuera / nardo tu tez para mi vista, nardo / cardo tu piel para mi tacto, cardo / tuera tu voz para mi oído, tuera.

Tuera tu voz para mi oído, tuera, / y ardo en tu voz y en tu alrededor, ardo, / y tardo en arder lo que a ofrecerte, tardo / miera, mi voz para la tuya, miera.

Zarza es tu mano si la tiento, zarza, / ola tu cuerpo si la alcanzo, ola, / cerca una vez, pero un millar no cerca.

Garza es mi pena, esbelta y triste garza, / sola como un suspiro y un ay, sola, / terca en su error y en su desgracia terca.”

Tras leerlo dos o tres veces se le escapa el cansancio y se desviste frente al ronroneo lejano de la ciudad dormida. Sabe que no podrá conciliar el sueño de nuevo. En su terquedad y en su desgracia se ha quedado solo – se confiesa – y solamente le queda este canto de ternura, un ave delgada y aflagida.

La madrugada transcurre entre ladridos de perros y sirenas de ambulancias a la distancia, como es habitual en todo paisaje urbano. Nuestro personaje extiende su tristeza como una cobija y se apresta a pernoctar. Decide a la vez que no beberá más alcohol – ponzoña para el alma – y se limita a observar cómo amanece en un cielo pálido con nubes rasantes. Se avecina el invierno y con ello una pausada melancolía: “el amor siempre es un contratiempo”, le dijo alguna vez un buen amigo y hoy esa frase tan poco trillada le brinda cierto alivio.

Cuando sale a trotar en torno al parque más cercano se encuentra con los corredores habituales. Una pareja que despliega su atletismo se cruza en su camino y saludan desde sus ojos avispados por encima de los cubrebocas. – ¡Qué difícil es descifrar sus expresiones con estas mordazas! – murmura, al tiempo que percibe el sudor deslizándose en su espalda. Hace tres semanas perdió a un amigo, obeso e indolente sí, pero que llenaba de alegría sus reuniones en otra época, que esta mañana se antoja remota e irrecuperable. No se permitirá más dolor, se repite, tomando un descanso junto a un roble con el corazón en la garganta.

La rutina del trabajo lo envuelve en la semana alternando horas interminables frente al ordenador y algunas visitas ocasionales a la oficina para dejar impresos o revisar portadas de libros cuya publicación sigue en veremos. La casa editorial ha repuntado un poco en medio de la pandemia, acaso la gente se refugia en la lectura para mitigar el tedio o el aislamiento. Pero siguen las ventas en números rojos, dada la competencia. Se ha rumoreado que habrá despidos a final de año y, con seguridad, que los aguinaldos caerán a cuentagotas. Nadie parece tener garantía en el trabajo y si las vacunas no se distribuyen con uniformidad, tampoco la libre circulación o el entretenimiento.

Esta tarde ha decidido acudir al cine, remedando al ex-guardameta Bloch de Peter Handke para asesinar metafóricamente a su amor perdido.

La sala está semivacía, con lugares proscritos y un aire de languidez y de ausencia. Hacía tiempo que quería ver de nuevo *Blue Velvet* y ahora la exhiben en versión original con subtítulos, a los que no está acostumbrado y le cuesta seguir la trama. Se le antojan unas palomitas de maíz, pero no encuentra cambio en los bolsillos y desiste, concentrándose en la siniestra relación que convocan Isabella Rosellini y Dennis Hopper. Un dolor profundo se le clava en el pecho y sabe que va a llorar una vez más, de impotencia, de vergüenza. Pero se contiene y sale del cine intempestivamente, tropezando con varias butacas.

Lo ciega la luz de la tarde, y al restaurar las imágenes descubre un pequeño café al frente que no visitaba hace años. Es evidente que lo atienden nuevos dueños porque la fachada está recompuesta y ahora tiene jardineras con tulipanes que le dan una nota de color. Las mesas están separadas y huele a pizza recién horneada. Elige un lugar al azar y observa su entorno, que por primera vez en muchos días lo llena de solaz o de confianza, a saber. Una mesera joven con careta se acerca para atenderlo y sin querer, advierte sus rizos pardos y una mirada luminosa que no se esperaba. Puede adivinar su sonrisa bajo la mascarilla y siente ese calor vibrante que a veces logra atemperar los presagios y darle sentido a las hojas muertas.

Ordena una pasta *all'arrabiata* que ella repite con su voz melodiosa. Tal vez le pregunte su nombre y, con algo de perspicacia, adivine si es soltera y si querría departir con un joven desconocido.

-La vida es una ilusión constante – se escucha decir, burlándose de sí mismo, para dejar atrás el rumor de un río que persigue algún otro mar imaginario.

Notas.

- Miguel Hernández. *El rayo que no cesa*. Espasa Libros, Madrid 1999.
- Peter Handke. *El miedo del portero al penalti*. Alfaguara. Penguin Random House Grupo Editorial, Barcelona 2006.
- *Blue Velvet* (Terciopelo azul). Película de David Lynch, estrenada en 1986 con las actuaciones de Isabella Rossellini, Kyle MacLachlan, Dennis Hopper y Laura Dern, entre otros.

COLUMNS

Pandemic of loneliness

Alberto Palacios

Jefe del Departamento de Inmunología y Reumatología del Hospital de los Angeles Pedregal en CDMX, dr.apboix@icloud.com.

"In War: Resolution, In Defeat: Defiance, In Victory: Magnanimity, In Peace: Good Will. Winston S. Churchill, The Second World War. "

Stefano knows he is not the only one, but misery loves company. He walks oblivious to other passers-by, absorbed in his reflections and dragging his feet as if walking in mud. He has not been able to get rid of a relationship as intense as it was toxic, keeping him from moving on. He reproaches himself for having been so clumsy, so lukewarm, knowing that she was married and would never leave her family.

He goes inside the usual bar and meets the gaze of two neighbors who do not recognize him but whom he has seen bowling in the nearby park. The place smells of used tobacco and latent dampness; perhaps not the most hygienic place to eat tapas. He approaches the bar and reluctantly greets Miguel, the plumber, who watches him from a corner while drinking a beer.

So much melancholy - he says to himself. - Where does he get the strength to go on with his life?

Unintentionally, he thinks about the skin of snakes, as if it were possible for the human body to get rid of false promises and wandering loves.

A random couple enters laughing and gets laconic looks from the crowd. The woman is blonde, quite young, and walks in the arms of the man who sensually embraces her. They sit in a corner and kiss as if they were alone, defying the envy of the crowd.

A few tears run down his cheeks and land on the coffee that cools down without Stefano even trying it. He has flashbacks of the furtive kisses, the secrecy, the passion they built against their will, hidden from the eyes of their co-workers. It was a game that ended up burning them from the inside.

She is probably now gaining her family back, discarding the affair, as dead leaves fall off in autumn. Ruminating, he wipes his tears with the back of his hand.

Should I pour you another, kid? - asks the bartender, leaning back to bring him an anise drink. - Try it -he tells him- it is good for the heartbreak.

The young man looks up with a glazed look and thanks with a grimace before downing the liquor in one gulp.

Slow down, man - the old man tells him. - Every cloud has a silver lining.

That night Stefano wanders the streets of the neighborhood, trying to forget, making a vain effort to erase her from his mind. The prostitutes call out to him, and he smiles foolishly but passes by with a battered heart and no destination. Thus, in the middle of an aimless and absent-minded walk, he finds himself in front of his lover's house. It is provided with an iron hallway, flanked by two rustic lanterns and insurmountable walls where just a few vines peek out. In a high window, he can make out her silhouette and that of her husband chatting lively as if nothing were going on between them. Stefano was just a windstorm that left no damage, a forgotten summer; he will have to learn to live in anonymity. A dog next door barks loudly, and he recoils in fear; gloom closes in on his memories.

Carrying frustration on his back, he makes his way to his apartment. Some warm light filters in from the street as he turns the key and slowly opens the door and smells the scent of neatness, he took for granted. Under that glare, his library is a balm to the eye that describes his distant past without question. On the desk lies the last unfinished letter that he will not address to that snatched love, but which looks indifferent and somehow holds her back. Now he has taken to reading science fiction and will immerse himself in the last book of Asimov's trilogy. A book that has been hibernating for three decades in his bureau.

Among the old book pages, he finds a note scribbled during his youth, back when he used to take refuge in poetry to express or repress his feelings. It is a sonnet by Miguel Hernandez that he copied, and tonight it appears evocative on yellowed paper.

"It would have been less painful if it had been nard your complexion to my gaze, nard, thistle your skin to my touch, thistle, bitter-apple your voice to my ears, bitter.

Bitter-apple is your voice to my ears, bitter, and I burn, in and around your voice, I burn, and I'm slow to burn, what I'm slow to offer, juniper oil, my voice for yours, juniper.

Briar is your hand, if I hold it, briar, wave your body, if I reach for it, wave, close to me once, yet a thousand times not close.

Heron is my pain, a slender sad heron, alone like a breath and a cry, alone, stubborn in its error and disgrace, stubborn."

After reading it two or three times, fatigue escapes him, and he undresses in front of the distant purr of the sleeping city. He knows he will not be able to fall asleep again. There he is alone in the middle of his stubbornness and misfortune - he confesses - and all he has left is this song of tenderness, a thin and afflicted bird.

Dawn passes amidst barking dogs and ambulance sirens in the distance, as is usual in any urban landscape. Our character spreads his sadness like a blanket and prepares to go through the night. Right there, he decides he will not drink any more alcohol - poison for the soul - and just watches the sunrise in a pale sky with trailing clouds. Winter is coming and with it a slow melancholy: "love is always a setback," a good friend once told him, and today that underused phrase brings him some relief.

When he goes for a jog around the nearest park, he meets the usual joggers. A couple displaying their athleticism crosses his path and wave with their sharp eyes above their masks. - How difficult it is to decipher expressions behind these gags! - he mutters as he senses the sweat sliding down his back. Three weeks ago, he lost a friend, obese and indolent, yes, but who, in the old days, filled their meetings with joy, something this morning seems remote and irretrievable. There will be no space for any more pain, he repeats to himself, taking a break next to an oak tree with his heart up in his throat.

Work routine enshrouds him during the week. He alternates endless hours in front of the computer with occasional visits to the office to leave printouts or review book covers whose publication is an unresolved matter. The publishing house has somehow rebounded amid the pandemic; perhaps people take refuge in reading to mitigate boredom or isolation. But sales are still in the red, given the competition. It has been rumored that there will be layoffs at the end of the year and, for sure, that Christmas bonuses will fall in dribs and drabs. No one seems to have a safeguard in terms of work, and if vaccines are not evenly distributed, neither in terms of free circulation nor entertainment.

This afternoon, he decided to go to the cinema, imitating Peter Handke's ex-guard Bloch to metaphorically assassinate his lost love.

The theater is half-empty, with proscribed seats and an air of languor and absence. He has long wanted to see *Blue Velvet* again, and now it is shown in its original version with subtitles, which he is not used to and sees as a hurdle to follow the plot. He craves some popcorn but finds no change in his pockets, so he gives up and concentrates on the sinister relationship between Isabella Rosellini and Dennis Hopper. A deep ache stabs at his chest, and he knows he is going to cry once more, out of helplessness, out of shame. But he holds it in and leaves the theater unexpectedly, stumbling over several seats.

The afternoon light blinds him, but once his vision is restored, he discovers a small café across the street that he has not visited in years. It is evidently run by new owners because the façade has been recomposed and now has flower boxes with tulips that give it a touch of color. The tables are far from each other, and it smells of freshly baked pizza. He chooses a place at random and looks at his surrounding environment, which for the first time in many days fills him with solace or confidence, who knows. A young waitress wearing a mask approaches to serve him, and inadvertently he notices her brown curls and a luminous gaze that he was not expecting. He can guess her smile under the mask and senses the vibrant warmth that sometimes manages to temper forebodings and grant sense to the dead leaves.

He orders an *all'arrabiata* pasta which she repeats in her melodious voice. Perhaps he will ask her name, and, with some insight, he will guess if she is single and would like to chat with a strange young man.

-Life is a constant illusion- he hears himself say, mocking himself, to leave behind the murmur of a river chasing some other imaginary sea.

Notes

- Miguel Hernández. *It Would Have Been Less Painful*. Espasa Libros, Madrid 1999.
- Peter Handke. *El miedo del portero al penalti*. Alfaguara. Penguin Random House Editorial Group, Barcelona 2006.
- *Blue Velvet*. The film by David Lynch was released in 1986 and stars Isabella Rossellini, Kyle MacLachlan, Dennis Hopper, and Laura Dern.

COLUNA

Pandemia da solidão

Alberto Palacios

IIJefe del Departamento de Inmunología y Reumatología del Hospital de los Angeles Pedregal en CDMX, dr.apboix@icloud.com.

"O Stefano sabe que não é o único, mas isso é consolo de tolo"

O Stefano sabe que não é o único, mas isso é consolo de tolo. Ele caminha sem perceber os outros transeuntes, absorto nos seus reflexos e arrastando os pés, como se estivesse enlameado. Ele não conseguiu se livrar de um relacionamento intenso e tóxico que o impedia de progredir. Ele se censura por ter sido tão desajeitado, tão morno, sabendo que ela era casada e nunca deixaria à sua família.

Ele entra no bar de sempre e encontra o olhar de dois vizinhos que não o reconhecem, mas que ele viu jogar boliche no parque próximo. O local cheira a tabaco usado e umidade latente; pode não ser o mais higiênico para comer tapas. Ele aproxima-se do bar e relutantemente cumprimenta ao Miguel, o encanador, que o observa desde um canto bebendo uma cerveja.

Tanta melancolia - diz-se. - Onde obter forças para começar a vida?

Medita sem querer sobre a pele das cobras, como se isso fosse possível no corpo humano, livrar-se de falsas promessas e amores errantes.

Um casal desconhecido entra rindo e atrai os olhares lacônicos da multidão. Ela é loira, muito jovem e se deixa abraçar pelo homem que a acompanha com muita sensualidade. Eles se acomodam em um canto e se beijam como se estivessem sozinhos, desafiando a inveja da multidão.

O Stefano deixa escapar algumas lágrimas sobre o café frio, sem saboreá-lo.

Lembra-se às vezes dos beijos furtivos, do sigilo, da paixão que construíram contra as mãos, escondidos dos olhares dos seus colegas de trabalho. Um jogo que acabou queimando-os por dentro.

Ele agora estará recuperando a sua família, descartando o caso, como folhas inúteis caem no outono - ruminando e enxugando as lágrimas com as costas da mão.

Quer pegar mais um, garoto? - pergunta o barman, inclinando-se para trás para lhe trazer um anis. - Experimente - diz ele - isso atenua o desgosto.

O jovem olha para cima vítreo e agradece com uma careta, antes de abaixar o licor em um gole.

Devagar, cara - retrucou o velho. - Tudo tem um lado positivo.

Naquela noite o Stefano vagueia pelas ruas do bairro tentando esquecer, fazendo um esforço vão para apagá-la da sua mente. As prostitutas ligam para ele e ele dá um sorriso bobo, mas passa com o coração partido e sem destino. Assim, na escuridão da mente e da direção, ele se avisa na frente da casa da sua amante. Está equipada com uma sala de ferro, com duas lanternas rústicas de cada lado e por paredes impenetráveis onde surgem apenas algumas trepadeiras. Em uma janela alta é possível ver a silhueta dela e a do marido conversando animadamente, como se nada estivesse acontecendo entre eles. O Stefano foi apenas um vendaval que não fez a menor diferença, um verão esquecido; teremos que aprender a conviver com esse anonimato. Um cachorro late alto na casa ao lado e ele recua de susto; a escuridão se fecha nas suas lembranças.

Com essa frustração nas costas, ele segue para o seu apartamento. Alguma luz morna entra da rua quando você gira a chave e a abre lentamente até sentir o cheiro de limpeza de costume. Sob aquele flash, a sua biblioteca é um bálsamo para os olhos porque descreve o seu passado remoto sem questioná-lo. Sobre a escrivaninha está a última carta inacabada que ele não dirigirá àquele amor arrebatador, mas que parece indiferente e até certo ponto a retém. Agora ele começou a ler ciência ficção e vai mergulhar no último livro da trilogia Asimov, que o permitiu hibernar por três décadas no seu bureau.

Entre as páginas do antigo texto encontra uma nota rabiscada na juventude, quando se refugiava na poesia para expressar ou reprimir os seus sentimentos. É um soneto de Miguel Hernández que ele copiou ao pé da letra e esta noite parece evocativo num papel amarelado.

“Eu seria menos punido se não fosse / nardo o teu tez para a minha visão, nardo / cardo a sua pele para o meu toque, cardo / tuera fosse a tua voz para meu ouvido, tuera.

Tuera a tua voz no meu ouvido, tuera, / e eu queimo na sua voz e ao seu redor, eu queimo, / e demoro em queimar, eu queimo / miera, a minha voz para a tua, miera.

Zarza é a sua mão se a toco, zarza, / onda o teu corpo se o alcanço, onda, / perto uma vez, mas mil não perto.

Garça é minha dor, garça esguia e triste, / sozinha como um suspiro e uma dor, sozinha, / teimosa no seu erro e no seu infortúnio, teimosa."

Depois de lê-lo duas ou três vezes, o seu cansaço escapa e ele se despe diante do ronronar distante da cidade adormecida. Ele sabe que não conseguirá dormir novamente. Na sua teimosia e no seu infortúnio ficou sozinho - confessa - e tem apenas esta canção de ternura, um pássaro magro e aflito.

A manhã passa entre latidos de cães e sirenes de ambulâncias de longe, como é comum em qualquer paisagem urbana. A nossa personagem espalha a sua tristeza como um cobertor e se prepara para pernoitar. Decide que não beberá mais álcool - veneno para a alma - e se limita a assistir ao nascer do sol em um céu pálido com nuvens baixas. O inverno está chegando e com ele uma lenta melancolia: "o amor é sempre um revés", um bom amigo uma vez lhe disse, e hoje essa frase não tão banal lhe dá um certo alívio.

Quando ele sai correr ao redor do parque mais próximo, ele encontra aos corredores habituais. Um casal exibindo o seu porte atlético cruza o seu caminho e o cumprimentam com os seus olhos focados acima das máscaras. - Como é difícil decifrar as suas expressões com estas mordidas! - ele murmura, ao mesmo tempo em que percebe o suor escorrendo pelas suas costas. Há três semanas ele perdeu um amigo, obeso e indolente sim, mas que encheu as suas reuniões de alegria em outro momento, que esta manhã parece remoto e irrecuperável. Não será permitida mais a dor, ele se repete, fazendo uma pausa perto de um carvalho com o coração na garganta.

A rotina de trabalho o envolve durante a semana, alternando intermináveis horas em frente ao computador e algumas visitas ocasionais ao escritório para imprimir ou revisar as capas de livros cuja publicação continuaremos a ver. A editora melhorou um pouco em meio à pandemia, talvez as pessoas se refugiem na leitura para mitigar o tédio ou o isolamento. Mas as vendas ainda estão no vermelho, dada a concorrência. Há rumores de que haverá demissões no final do ano e, com certeza, que os bônus cairão por conta-gotas. Ninguém parece ter uma garantia no trabalho e se as vacinas não são distribuídas de maneira uniforme, nem a liberdade de circulação ou o entretenimento.

Esta tarde, ele decidiu ir ao cinema, imitando ao ex-goleiro de Peter Handke, o Bloch, para assassinar metaforicamente ao seu amor perdido. A sala está meio vazia, com lugares proibidos e um ar de langor e ausência. Há muito que queria ver Blue Velvet de novo e agora o mostram na versão original com legendas, ao que não está habituado e tem dificuldade em seguir o enredo. Ele anseia por pipoca, mas não encontra troco no bolso e desiste, concentrando-se no relacionamento sinistro que a Isabella Rosellini e o Dennis Hopper invocam. Uma dor profunda perfura o seu peito e ele sabe que vai chorar mais uma vez, de desamparo, de vergonha. Mas ele se contém e sai do cinema prematuramente, tropeçando em várias poltronas.

Ele fica cego pela luz da tarde e, ao restaurar as imagens, descobre um pequeno café do outro lado da rua, que não visitava há anos. É evidente que novos proprietários estão a cuidar dele porque a fachada foi reconstruída e agora tem canteiros de flores com tulipas que lhe dão um toque de cor. As mesas são separadas e tem cheiro de pizza recém assada. Ele escolhe um lugar ao acaso e observa os seus arredores, o que pela primeira vez em muitos dias o enche de consolo ou confiança, quem souber. Uma jovem garçonete com uma máscara se aproxima para atendê-lo e, inadvertidamente, percebe os seus cachos castanhos e uma aparência luminosa que não era esperada. Você pode adivinhar o sorriso dela sob a máscara e sentir aquele calor vibrante que às vezes consegue amenizar os presságios e dar sentido às folhas mortas.

Pede uma massa all'arrabbiata que ela repete com sua voz melodiosa. Ele pode perguntar o nome dela e, com alguma perspicácia, adivinhar se ela é solteira e se gostaria de sair com um jovem estranho.

-A vida é uma ilusão constante - ouve-se dizer, zombando de si mesmo, para deixar para trás o murmúrio de um rio perseguindo outro mar imaginário.

Notas

- Miguel Hernandez. O raio que nunca para. Espasa Libros, Madrid 1999.
- Peter Handke. O medo do goleiro em relação ao pênalti. Alfaguara. Penguin Random House Grupo Editorial, Barcelona 2006.
- Veludo Azul. Filme do David Lynch, lançado em 1986 com as atuações da Isabella Rossellini, o Kyle MacLachlan, o Dennis Hopper e a Laura Dern, entre outros.